

Prólogo

El espíritu de Tamayo

Por Juan Pablo Piñeiro

Dos semanas después de que las tropas chilenas tomaran Antofagasta en 1879, nació en La Paz Franz Tamayo Solares. Su padre fue don Isaac Tamayo un escritor, banquero, diplomático y ministro de Estado, quien era uno de los hombres más acaudalados de su época y poseía una gran cantidad de haciendas en el Altiplano. Su madre, de sangre indígena, se llamaba Francisca Solares. Según Fernando Diez de Medina, en su libro *El hechicero del Ande*, Isaac Tamayo estaba casado con una mujer que, como él, era de “la mejor sociedad”. Después de un corto tiempo de matrimonio tuvieron una diferencia menor que se acrecentó hasta convertirse en una verdadera pugna de orgullo y ego. Finalmente Isaac Tamayo “hizo algo jamás realizado por un miembro de la alta sociedad paceña” y se casó con una mujer indígena, teniendo varios hijos, siendo el mayor Franz Tamayo.

De Isaac Tamayo se puede decir muchas cosas, es un personaje importantísimo para entender el discurrir de nuestra historia. Era un hombre muy talentoso y escribió bajo el pseudónimo Thajmara, un sobrenombre aymara, uno de los libros más curiosos de nuestra literatura: *Habla Melgarejo*. En él se narra la historia de una sesión de espiritismo en la

que aparece el fantasma de Mariano Melgarejo, (que en vida había sido amigo del autor). La conversación con el más allá no gira tanto en torno a los misterios del cosmos y de la vida como a temas políticos y económicos del país. Es fascinante porque en el mundo de los fantasmas se habla del país. Isaac Tamayo a pesar de los complejos, atavismos y prejuicios que heredó de su época, era un visionario. El país que pensaba, el país que imaginaba, no se parecía en nada al que veían sus contemporáneos. Quizás por eso decidió llevar una vida retirada y solitaria, como protesta a la incomprensión e incapacidad de su “círculo” de mirar y pensar el país en el que estaban viviendo. Enrique Finot en su *Historia de la Literatura Boliviana* cita la siguiente frase de Isaac Tamayo: “[...]Sois un pueblo de indios, no lo neguéis, no os avergoncéis de ello; pero por esa misma razón sois en toda Sudamérica el único pueblo con carácter propio”. Uno se puede imaginar lo chocantes que habrán sido esa clase de ideas para aquellos tiempos, pero fueron las que forjaron el camino y el pensamiento de Franz Tamayo.

De doña Francisca Solares no se puede decir casi nada, su vida fue confinada a un obligado silencio. Seguramente Franz de niño sentía el peso invisible de la mirada de la sociedad y esto le provocaba sino un complejo, por lo menos una constante búsqueda de sí mismo y del lugar en el que le había tocado vivir. Cuenta Diez de Medina, que en verdad su nombre era Francisco pero que siendo niño pidió que se lo cambiaran a Franz. Este hecho alumbrado con una luz poética nos puede decir muchas cosas. En primer lugar su madre se llamaba Francisca y al cambiarse el nombre, o acortárselo, rompe simbólicamente con ese

vínculo o lo silenciosa. En segundo lugar Tamayo recibió una esmerada educación privada en la que su padre se aseguró de que aprendiera piano, alemán, francés, inglés, latín y griego, entre otras cosas. Además de introducirlo a la literatura y la filosofía universal, provocando en él una profusa admiración hacia el mundo helénico y el pensamiento alemán. Franz es un nombre alemán. Quizás la admiración que sentía por esas culturas era una manera de comprender por contraste el mundo que latía en su interior. Cuentan que Isaac Tamayo salía a pasear solamente con sus hijos, a doña Francisca no se la veía nunca.

Franz Tamayo se inició con la poesía, influenciado casi de entrada por los postulados del modernismo. Construyó la lejana fábula que soñaría desde su torre de marfil en el remoto universo helénico. Allí encontró no solamente las musas que lo inspiraban sino el pretexto para expresar cierto cinismo y pesimismo ante lo fatal de la vida. Lo mejor de su poesía nace cuando se permite olvidar las ideas y experimenta extravagante con la música. Como ejemplo podemos citar un fragmento de la *Prometheída*: “El cielo lila de la dulce Delos/ y el mar de mürice mugiente y mármol”. Sin embargo el modernismo, como muchas corrientes literarias que definen una época, envejeció mal. Por eso la poesía de Tamayo, a pesar de su gran calidad, no nos llega ni nos afecta hoy en día. Cuando uno lee sus versos descubre el gran talento y trabajo que utiliza para componerlos, por eso resulta paradójico el hecho de que lo único verdaderamente vigente que ha quedado de su obra sea un libro de ensayos que escribió, según cuenta en su prólogo, en cincuenta y cinco horas.

La Creación de la Pedagogía Nacional no es ni siquiera un libro de ensayos, es una recopilación de artículos publicados por Tamayo en el Diario de La Paz, entre julio y septiembre de 1910. Por lo mismo no está guiada por una estructura general, sino por pequeños capítulos conectados entre sí. Esto hace que muchas de las ideas se repitan y se reafirmen a lo largo del libro. La propuesta de Franz Tamayo generó mucha polémica de manera inmediata, por lo que muchos de éstos capítulos están destinados a responder las críticas de sus detractores.

Para entender a mayor cabalidad *La creación de la Pedagogía Nacional* es necesario comprender el contexto temporal en la que fue escrita, y evitar juzgar ciertas ideas que a la luz de nuestro tiempo podrían considerarse verdaderos exabruptos. Por eso si queremos traer a Tamayo hasta nuestro días debemos filtrar estas ideas, o por lo menos señalarlas como síntomas del contexto. Tamayo habla constantemente de “raza” y considera que la genética, la sangre, determina no solamente las costumbres de una nación sino incluso las capacidades y defectos del individuo que forma parte de esa nación. Por eso propone que los científicos estudien el cerebro del “indio” para determinar la capacidad que tiene de aprender. Estas ideas hoy en día pueden ser consideradas ridículas, o hasta peligrosas si hablamos de la noción “nación-raza”.

En 1910 los paradigmas eran otros. Bolivia todavía no podía considerarse un Estado y mucho menos una nación. El país y su gobierno estaban en manos de quienes lo heredaron en la Colonia para perpetrar el mismo

pensamiento. Una élite que siempre miró a Europa con admiración y al “indio” con desprecio. Habíamos perdido el litoral y se sentían recién las consecuencias económicas de la guerra. En Europa, por otro lado, la segunda mitad del siglo diecinueve significó la consolidación de la modernidad, amparada especialmente en las nociones de democracia y progreso. Fue también la época en que se reformuló la concepción de pedagogía en sintonía con los paradigmas ya citados. La educación primaria al generalizarse necesitaba una filosofía, un método y sobre todo una meta, el progreso. Con la llegada del siglo veinte se dejó de hablar de “pedagogía” y se comenzó a hablar de “pedagogías”. En aquel tiempo Franz Tamayo estaba estudiando en universidades europeas tan importantes como la Sorbona. El poeta paceño admiraba profundamente estas culturas aunque sostenía que el hombre blanco, al no tener nuestro continente en la sangre, llegaba aquí para degenerarse y convertirse en un parásito. Mientras el hombre blanco estuviera allá era un modelo a seguir. Por eso insistía tanto en contratar profesores europeos para que nos ayuden a crear nuestra pedagogía, después de estudiarnos. Uno se imagina que cuando Franz Tamayo llegó de Europa en 1908 después de haber estudiado estaría maravillado con la modernidad europea y el desarrollo del conocimiento científico y académico. Uno se puede dar el lujo de imaginar también, que fue su padre quién calibró nuevamente su mirada y engendró la motivación para reflexionar sobre el carácter nacional y proponer la creación de una pedagogía. Y si no fue su padre, seguramente fueron sus ideas.

En *La Creación de la Pedagogía Nacional* Tamayo parte señalando que todo lo que se enseña en Bolivia no es acorde con la realidad del país, él habla de nación. Propone reflexionar en la creación de una pedagogía propia que pueda representarnos y optimizar nuestras cualidades. Para Tamayo es necesario descifrar el carácter nacional, para poder crear su pedagogía. Este carácter nacional lo encuentra en el indio, en la energía del indio. Considera que es el que más aporta al país y el que menos recibe. Admira su vigor físico y su propensión natural al trabajo y encuentra en esta fuerza la razón de su moralidad. El carácter nacional es “la manifestación constante de una ley biológica, tratándose de una nación”. El indio entonces es el único sujeto que preserva la moral del país, esta moral viene de su cuerpo, de su trabajo, de su raza. Al mestizo lo considera un ser voluble que no tiene la capacidad ni la moral de enfocarse en algo, porque ha heredado una mente europea en un continente distinto. Y al cholo lo define como un parásito que resulta de la contaminación que sufre el indio cuando se acerca a la ciudad. Su cuerpo vigoroso se llena de grasa, y su virtud se convierte en vicio. Por eso para Tamayo el carácter nacional está en la energía del indio, y esa energía debía ser el fundamento esencial de nuestra pedagogía. Para el poeta ni los indios ni los cholos ni los mestizos podían recibir la misma educación, “el indio demanda una pedagogía de amor y de paciencia; el mestizo una pedagogía disciplinaria, regimentativa e intelectual”.

Para Tamayo es la élite del país quien está llamada a reflexionar sobre la creación de la pedagogía nacional. Es la élite la que debería beneficiarse de esta reflexión para llevar

las riendas del país aprovechando el carácter de su nación. Su propuesta es muy valiosa en este sentido, sin embargo lo que no parecía saber Tamayo es que paralelamente a la publicación de sus ideas, se estaba gestando en el Altiplano un proyecto clandestino de educación reflexionado desde la mirada indígena. Cuando Tamayo ponía sobre el tapete la problemática de la educación, personas como Avelino Siñani ya estaban enseñando a leer, y antes que él muchos otros. El objetivo era leer para ya no ser engañados. Los terratenientes aprovechaban el analfabetismo del pueblo para hacerles firmar contratos y arrebatarles las tierras. El estado oficial no les daba la posibilidad de aprender. La escuela vista desde el mundo indígena es un espacio de lucha y de reivindicación social. Un espacio que se debe conquistar. El mayor ejemplo, que incluso es avanzado para nuestra época actual, es la escuela de Warisata. En Warisata no solamente se diseñó una pedagogía orientada a la incorporación y valoración de los preceptos de la cultura andina en la educación, sino que se incluyó a la comunidad en la reflexión y sobre todo en la toma de decisiones de la misma escuela. Por eso a la escuela de Warisata se la conocía como la *Tayka*, es decir la madre, porque se convirtió en algo más que una institución de enseñanza. Fue un instrumento de liberación. La energía de Warisata fue tan contundente que afectó los intereses particulares de terratenientes y gobernantes, y por eso fue destruida sin piedad. La escuela de Warisata es un símbolo, un maravilloso símbolo, que hoy en día se encuentra abandonado y olvidado, como si no hubieran sido sus semillas las que sembraron el tiempo en que vivimos. Es muy llamativo por tanto que quienes han

brindado un mayor aporte a la búsqueda de una pedagogía nacional y quienes han tenido un mayor grado de reflexión sobre este tema en el siglo pasado hayan sido los pueblos indígenas. Franz Tamayo sentía la necesidad de crear una pedagogía que nos permita reconocernos y aprovechar nuestras cualidades, los pueblos indígenas sienten la necesidad de crear una pedagogía de liberación y lucha social. Hoy en día el ejemplo más significativo es la ley de educación que está escrita en nuestra constitución, puesto que ha sido formulada desde la reflexión indígena. Esta ley seguramente tiene muchos defectos, pero su mayor virtud es que nace de la necesidad de reflexionar el país y la pedagogía desde aquí. Me imagino que no podrá ser aplicada todavía a cabalidad puesto que la finalidad principal de toda esta lucha “pedagógica” no es la valoración de la cultura propia sino la reconfiguración territorial y simbólica de nuestro territorio, y eso toma tiempo. Tamayo no contaba con que fuera el “indio” quién iba a asumir la tarea que él le pedía a las clases “superiores”. Hoy en día nuestro país es otro, se ha transformado política y simbólicamente, sin embargo todavía no hemos creado nuestra pedagogía nacional, que en verdad debería ser plurinacional.

Franz Tamayo era uno de esos hombres en los que se puede percibir el alma de nuestro país. Además de ser filósofo y poeta, se dedicó también a la política. Ganó las elecciones presidenciales en la época de la guerra del Chaco, pero nunca fue posesionado debido a que su antecesor Salamanca fue derrocado en el llamado “corralito de Villamontes”. Años más tarde fue elegido para presidir la asamblea constituyente. La figura de Tamayo

siempre fue polémica. Fue admirado y defenestrado por sus contemporáneos. Al igual que su padre se refugió en el silencio de su búsqueda. Lo indiscutible es que Franz Tamayo, como Melgarejo, es uno de esos espíritus que deberíamos convocar en una sesión para hablar del país, porque en algún momento todos hemos sido Franz Tamayo.